

tan pocos años después del «milagro» (p. 65), o del «apoteosis», que permitió a la gente «Respirar de todas las maneras posibles un nuevo país». Y nos referimos ahora a la obra de Eduarda Dionisio, *Retrato dum amigo enquanto falo* (1979), «mezcla de reportaje [...] y de memorias [...]» (Seixo: 1979: 89).

En esta, en una amplitud temporal que abarca las décadas de los 60 y los 70 (1978), se registran y contraponen de forma incisiva, por un lado, referencias a la clandestinidad, a la caza política, a la lucha por las colonias y a la marcada diferencia entre lo masculino y lo femenino; y por otro lado, en un tono que se va oscureciendo a medida que nos aproximamos a 1978, se describen tiempos y espacios de alegre perturbación y entusiasmo, de desenfundados sentimientos, de inaudita alegría motivada por la libertad «cada vez más comprensible (p. 63). Una libertad que transforma las odiosas marchas militares en himnos de paz, los execrables carros de combate en heraldos de nuevas eras, todos los que no habían desertado de las guerras fratricidas de las colonias en hermanos de creencias, capaces de amar a los mismos países y héroes» (p. 63). En líneas que parecen reproducir fielmente el calor revolucionario al que asistimos a través de la televisión –y que bien podrían haber sido escritas por las Arminda o Sónia de *Lusitana* (1980) de Almeida Faria–, la autora relata:

Se fue instalando la libertad en el día a día y los jefes y autoridades varias dejaron de asustarse por los tejanos que casi todo el mundo empezó a usar, la ausencia de la corbata, el pelo largo de los hombres [...].

Las calles y las casas pertenecían a la gente que en ellas vivía, no tenían que ser ni compradas ni alquiladas, nos servíamos de todo: las escuelas, las plazas, los monumentos, las paredes, los transportes eran nuestros y lo demostraba el hecho de que habláramos con todos los que encontrábamos en grupos que cazaban el resto de la opresión [...].

Hablábamos todos porque todos éramos habitantes de la ciudad, odiábamos la dictadura y habíamos derrumbado el terror de unos sobre los otros y dentro de nosotros mismos.

Se vivía ardientemente por la noche y los relojes empezaron a medir el tiempo de otra manera. El ritmo impuesto se deshizo tan deprisa que pocos días después ya no se sabía cómo se vivía antes. Se tenía el poder de poseer cada palabra y cada gesto. Cada acontecimiento que pasaba no sólo se conocía por los periódicos o por la radio, porque nosotros mismos habíamos estado allí. Las dimensiones de la ciudad se redujeron y recorríamos rápidamente las avenidas de extremo a extremo para apoyar los movimientos de la Historia. Habíamos dejado de vivir en casa. Vivíamos en la ciudad, en las calles, en las plazas (p. 66-67).

Y a pesar de todo, se desacelera el ritmo de la vivencia de la propia Historia; el desencanto y la melancolía inician, o continúan, su proceso de invasión; «La esperanza vuelve a saber en la boca a amargura» (p. 102), en una época identificada por 1978. Una misma época donde, además de conocerse la traición de algunos camaradas que se adherían a partidos que todos condenaban (p. 94), es posible constatar que

las verdades tenían que ser reconocidas, las huelgas del 74 no fueron nada, la reforma agraria no era nada, la izquierda era incompetente, completamente incompetente en todos los ámbitos, hasta escribía mal y la cultura déjenme que me ría, la cultura que inventamos antes del 25 de Abril no era nada [...] (p. 91).

Una misma época en la que es posible asistir a las consecuencias directas de un proceso de descolonización mal pensado y pésimamente ejecutado (p. 109). Tengamos en cuenta, por ejemplo, que el propio Movimiento de las Fuerzas Armadas no reconoció en su programa el derecho a la independencia de los pueblos de las colonias, hecho que «creó una situación equívoca durante los meses que siguieron al 25 de Abril y que sería enmendada, tardíamente, por el histórico discurso del 27 de junio de 1974, proferido por António de Spínola» (Medina, 1990: 59). Así, si una facción de militares entendió que el alto el fuego debía ser inmediato, otra, la que correspondía a los que tenían responsabilidad de mando, consideró por el contrario que las hostilidades tenían que continuar. Como consecuencia, cuando en junio del mismo año el Consejo de Estado crea por Decreto «el cuadro de legitimidad constitucional necesario para que se dé inicio inmediato al proceso de descolonización del ultramar portugués» (Medina, 1990: 119), ya el caos y el miedo estaban demasiado instalados para que el proceso se diera democrática y pacíficamente. Por tanto, la aventura africana –que nunca debería haberse iniciado– termina en descalabro, como narra Mário Dionísio en *Tocata para dois clarins* (1992), cuando describe el escenario de Luanda en el calor de la revolución de abril (p. 143):

Se congregaban los primeros retornados, con fuerte tensión, en comités desunidos que, sin discutir, ya, ningún problema estratégico para sostener la hecatombe, engendraban los medios más eficaces, con vistas a llevar a cabo el transporte de la gente y sus haberes. [...] Y maldecían los hombres, al tropezar con inesperadas barreras burocráticas, cuando no con los propios fardos apilados, que les llenaban la sala. Iban a Luanda, no obstante, para ver en qué quedaban las modas, y les asustaba el descalabro de la ciudad, recorrida por auténticos gánsters nocturnos, que se calentaban pegando gritos alrededor de

grandes hogueras, alimentadas por todas las esquinas. A la luz de las farolas del alumbrado público, se leían las gigantes inscripciones en las paredes, que reclamaban un inmediato ajuste de cuentas, con ejecuciones sumarias e inflexibles. Y faltaba todo [...] (p. 143).

Nos es de extrañar, por tanto, que también en las colonias la gente lllore por motivos diferentes, aunque ahora dependa del hecho de ser colonizados o colonizadores. Estos regresan a un país que no está preparado para recibirlos, un Portugal que empieza a ser visto de modo cada vez más lacónico y gris, incluso por aquellos que, como António, eran declaradamente de la contra (p. 193). Y concretamente respecto a 1986, considera este personaje que «la era que se avecina no valdrá la pena, de hecho, ser vivida» (p. 194), no sólo, aunque también, por culpa de «la cantidad de robos y de violaciones, de fraudes y de indecencias» (p. 194) de los que, diariamente, dan cuenta los periódicos.

A medida que las obras se explayan sobre el post-25 de Abril, parece que se tienda a ajustar cuentas tanto con los ideales propugnados por la Revolución, como con los inevitables tipos creados por las circunstancias. Un ejemplo notorio de lo que acabamos de referir (donde se cuenta también el ajuste de cuentas del autor con su pasado y presente como militante del Partido Comunista) (Silvestre e Diogo, 1998: 1) es la novela *Era bom que trocásemos umas ideias sobre o assunto* de Mário de Carvalho.

De este modo, respecto a los núcleos a partir de los cuales se hace posible establecer lazos con un colectivo cuyo ascenso de los libertarios tiempos de Abril, nos parece pertinente identificar tres importantes grupos de personajes-tipo. Puede que ni siquiera reconozcamos los rostros individualmente, pero les sabemos los tics acumulados y cultivados; y eso basta para sacar la espoleta a un proceso de representación que, si no es verdadero, por lo menos es verosímil.

Nos referimos a los que, en la línea del espíritu jocosamente latente en la obra de Carvalho, podemos apodarar, en una primera categoría, como de palurdo empresario de la cultura. Rui Alves, de buenas palabras vacías de contenido, es el tipo de hombre pseudoculto; del género de los que obtiene su título en ciertas universidades extranjeras por incapacidad para hacerlo en Portugal donde, eventualmente, se detectarían sus faltas de ortografía. Lleva en su muñeca el supuesto buen gusto de un reloj Rolex en convivencia pacífica, aunque promiscua, con «una de aquellas pulseras con dos bolitas de metal» supuestamente capaces de alejar reumatismos, «dar energía y evitar enfermedades y

no sé si males de ojo» (Carvalho, 1995: 18-22), y que hace años se pusieron de moda entre gente incrédula e incauta. Junto al dibujo de este relato, y completándolo extensamente, los datos facilitados sobre la Fundación, de cuya administración es vocal, revelan (desde la prioridad de las subvenciones a atribuir hasta las ejemplares secretarias que allí trabajan) la tacañería y la falta de iniciativa respecto a los aspectos culturales (p. 138-139).

En un segundo grupo destacamos el tipo de la (pseudo)periodista incompetente y arribista, representante asimismo de un tipo de prensa de influencia extranjera de cuyo nombre el autor afirma no querer acordarse, pero que, fácilmente, identificamos como los *Holas* expuestos en los kioscos. Los trazos iniciales de este personaje –sobre el que el autor confiesa no querer «entrar en muchos detalles psicológicos» (p. 61)– permiten introducir el perfil ridículamente oportunista de los muchos a los que hace gracia, todavía hoy, dedicarse a la cultura (p. 58) y, por consiguiente, ilustra la degeneración de ciertos valores de izquierdas, de ciertos valores de Abril en términos más generales. Entre otros ejemplos, se traza el retrato-robot de la periodista ignorante y oportunista, cuando se recoge la entrevista a la escritora Agustina Bessa Luís:

Mandaron al Minho a la prometedorá Eduarda para entrevistar a una tal Agustina Bessa Luís, de quien se hablaba mucho en aquel momento. Se leyó un tercio de *A Sibila* en el tren y le gustó mucho el primer tercio de ese tercio [...] (p. 118).

La ironía virulenta que siempre acompaña la vertiente satírica –y nunca exenta de interesantísimas contaminaciones culturalmente humorísticas– se ejerce sobre todo a propósito de la tercera categoría, la del tipo de ciudadano pseudointelectual y pseudocomprometido, aspirante a lo que vulgarmente llamamos izquierda festiva, en la persona de Joel Strosse Neves. A partir de su decisión de entrar en las filas del Partido Comunista Portugués, se advierte más claramente el ajuste de cuentas del autor tanto con relación al Partido como en lo que respecta a las esporádicas tentativas de adhesión por parte de ciertas personas. Esas tentativas en las que la ausencia de convicciones político-ideológicas se resuelve por un desmesurado y anacrónico deseo de pertenecer a un grupo que en otra época fue protagonista de una historia comprometida. El mismo grupo que hoy, el del ahora y el del presente del año 1994, parece querer ser frecuentado por «tipos» para los que ser de izquierdas es una moda marginal (de la que forman parte, entre otras

muestras, la ostentación de ciertos libros ideológicamente marcados, la presencia en la fiesta de *Avante*, o la frecuentación de determinados locales) y por tanto, susceptible de conceder, por la diferencia, el estatuto destacado en el escenario social coetáneo.

El efecto de caricatura satírica se obtiene no sólo de la exagerada voluntad de militancia de Joel Neves, sino también por su creencia en el mantenimiento de una actitud de sigilo y una estrategia recomendada. Estas transforman el proceso de adhesión al Partido en una anacrónica e injustificable odisea secreta llena de humor, ya que, como es sabido, los tiempos democráticos convirtieron el Partido en algo perfectamente legal, legítimo y abierto a otros militantes. Por otro lado, esa caricatura resulta, de forma igualmente interesante, de dibujos colaterales que la iniciativa del personaje faculta. El hecho de hacer desfilar una colección de personajes (Vitorino Nunes, Júlio Baptista, el presumido abogado Heitor do Carmo Velho o el propio Jorge Matos) nos parece que deja claramente explícita la degeneración de valores, el desinterés por la esencia de la política y la distancia entre los ideales de izquierdas y su práctica efectiva, en un momento en el que el panorama político real ha estado marcado por mil guerras internas y entre partidos y por deseos (hipócritas) de ascenso personal, y no por el celo en la defensa seria de problemas serios.

Se advierte subrepticamente un acérrimo ataque al grupo militante para el que el Partido parece tener únicamente una función decorativa. Una línea crítica que se hace evidente, por ejemplo, en la forma en cómo se narra la cena en el Solar do Macedo, local de encuentro de famosos conocidos y espacio que *Un ciudadano desprevenido* fácilmente clasificaría como

tasca infecta. Y tendría razón. Esa era en el fondo la opinión general de los frequentadores de los jueves, a quienes la sordidez y la pobreza del local agradaban sobremanera. Estaban hartos de filete, lo que querían era pescado frito; estaban hartos de *Periquita*, lo que querían era tintorro hasta con un piquito; estaban hartos de pieles acolchadas, lo que querían era sillas de madera, o bancos con agujeritos redondos para meter el dedo (p. 120-121).

Así se critica sinuosamente al grupo de los que deberían defender los ideales de la clase trabajadora pero que, en la práctica, acaban por distraer al proletariado una vez por semana.

A pesar de quedar claro, según creemos, que la Revolución del 25 de Abril de 1974 permitió representaciones literarias que se extienden desde la euforia al desaliento y a la crítica de sus consecuencias, la ver-

dad es que de cualquiera de los textos apuntados deriva la idea de que lo positivo se superpone a los efectos negativos. Prueba de ello es que se publicaran las obras sin ninguna intromisión del lápiz de la censura existente durante el régimen dictatorial. Y desde una perspectiva más amplia, lo prueba en última instancia nuestra propia vivencia. Por último, parece ser que nunca ningún país se encuentra verdaderamente preparado para resolver de forma inmediata los problemas inherentes a las revoluciones. Estas, nunca aceptadas por unanimidad, obligan a paulatinos ajustes de cuentas. Creemos, con Vergílio Ferreira, que «Todo el entusiasmo de los primeros días –del primer mes– [...] empieza a parecer infantil», pero tampoco podemos dejar de considerar, como subraya el mismo autor, que «quizás fue necesario, inevitable. No se es adulto sin haber sido niño» (1982: 195).

Bibliografía

- ALEGRE, Manuel, *Atlântico*. Lisboa: Dom Quixote, 1989.
- CARVALHO, Mário de, *Era bom que trocássemos umas ideias sobre o assunto*. Lisboa: Caminho, 1995.
- CLÁUDIO, Mário, *Tocata para dois clarins*. Lisboa: Dom Quixote, 1992.
- COSTA, Horácio, *José Saramago. O período formativo*. Lisboa: Caminho, 1997.
- DIONÍSIO, Eduarda, *Retrato dum amigo enquanto falo*. Lisboa: Ed. Armazém das Letras, 1979.
- FARIA, Almeida, *Lusitânia*. 5ª ed. Lisboa: Caminho, 1987 [1980].
- FERREIRA, Vergílio, *Conta-corrente 1*. 3ª ed. Lisboa: Bertrand, 1982.
- FERREIRA, Vergílio, *Conta-corrente 2*. Lisboa: Bertrand, 1981.
- JORGE, Lúcia, *O Dia dos Prodígios*. 2ª ed. Lisboa: Pub. Europa-América, 1980 [1980].
- LOURENÇO, Eduardo, «Literatura e Revolução», in *Colóquio/Letras*, nº 78, Março, 1984, pp. 7-16.
- SARAMAGO, José, «Pulling against the march of time», in *Financial Times* (Books). 2 de diciembre de 2000 (entrevista de Julian Evans).
- SARAMAGO, José, *A Noite*. Lisboa: Caminho, 1979.
- SARAMAGO, José, *Levantado do Chão*. Lisboa: Caminho, 1980.
- SARAMAGO, José, *Manual de Pintura e Caligrafia*. 3ª ed. Lisboa: Caminho, 1983 [1979].
- SEIXO, Maria Alzira, «Eduarda Dionísio. Retrato dum amigo enquanto falo», in *Colóquio/Letras*, nº 52, noviembre 1979.
- SILVESTRE, Osvaldo e Diogo, Américo Lindeza, «Entrevista a Mário de Carvalho», in <http://www.ciberkiosk.pt>, arquivo, nº 1, 1998.
- SOARES, Mário, «Da Queda de Salazar (1968) às «Eleições» de 1969», in João Medina (dir.), *História Contemporânea de Portugal*. Vol. Estado Novo II. Camarate: Multilar, 1990.